



# Tráfico de género : mujeres, cultura y política de identidad en esta era neoliberal

Autor:  
Masiello, Francine

Revista  
Mora

1996, N°3, pp. 42-63



Artículo



# Tráfico de género: mujeres, cultura y política de identidad en esta era neoliberal

---

Francine Masiello \*

*Los vecinos proclaman que es indispensable custodiar el destino de occidente. Dime ¿acaso no has pensado que Occidente podría estar en la dirección opuesta?*

--Diamela Eltit, **Los vigilantes** (65)

En las pinturas y los collages de Liliana Porter, artista plástica argentina que reside actualmente en Nueva York, ingresamos en un mundo en el que se mezclan souvenirs de parque de diversión con restos de un kitsch revolucionario, un mundo en el que adquieren gran importancia las relaciones entre las obras originales y sus copias, entre la autenticidad y la falsificación. Los trabajos de Porter se basan en los íconos de la cultura de masas contemporánea: productos Disney, juguetes de quiosco, estatuillas de cerámica. Todos ellos conforman una naturaleza muerta de nuestra experiencia común, global. En "Mutaciones con platito del Che", litografía con collage fotográfico, Porter nos invita a reflexionar sobre el circuito cruzado de la cultura posmoderna: alrededor de un plato estampado con un grabado del Che Guevara, Porter coloca un modelo plástico de Mickey Mouse, un boleto de la lotería Mexicana, un busto de San Gregorio

-el santo popular venezolano- y una reproducción postal de un retrato renacentista. Estas imágenes recicladas permiten vislumbrar las imaginaciones culturales contemporáneas de América del Norte y América del Sur. Al ser reproducciones industriales no se puede reconocer en ellas un momento original de creatividad; niegan, por lo tanto, cualquier escala jerárquica que se establezca sobre un supuesto mapa de valores occidentales.

Sin embargo, el título del collage de Porter refiere a la gran figura revolucionaria de América Latina, el Che Guevara, cuya imagen aparece en el centro del plato y se ve también reflejada oblicuamente sobre un espejito. La imagen del héroe, doblemente proyectada, sugiere la repetición que logra la tecnología; el espejito y el plato, por su parte, evocan un ambiente doméstico que se identifica con las pautas de consumo femenino. El Che Guevara encuentra un lugar entre los cachivaches como si se tratara de una baratija doméstica más. En este mundo de simulacros, en el que las culturas alta y popular se entrecruzan, las relaciones domésticas se definen por la producción en masa. El mercado global nos condiciona a mirar la diferencia por su apelación exótica, por los gustos eclécticos del consumidor; a lo largo de este proceso, la experiencia histórica se pierde, queda olvidada en el comercio del kitsch.

Porter nos muestra los accesorios comunes de una domesticidad femenina que, en silencio, ordena estas imágenes extraídas del intercambio global. Esta operación nos lleva a preguntarnos acerca del centro femenino ausente en este ensamblaje de objetos. ¿Cómo se

---

\* University of California, Berkeley.

---

mueve la imaginación femenina en el tráfico global? ¿Cómo emerge la invisibilidad femenina en la sintaxis de los intercambios Norte\Sur? Y, por último, ¿cómo negocian las mujeres entre los productos de la sociedad de masas y los valores relacionados con la cultura alta y lo estético?

En estas páginas quiero hablar de los modos en que se tejen las identidades de género en la tela de las relaciones culturales entre Norte y Sur. Sobre todo después del fin de la Guerra Fría, el género se trafica libremente a través de las fronteras internacionales como parte de una economía conceptual (academia, museos, medios) y, -lo que es más obvio aún-, como parte de una economía de mercado sostenida por el capital global. A menudo el género constituye el vehículo de transporte escondido de un proyecto narrativo particular; modela gustos y consumidores transnacionales que viajan entre el norte y el sur.

En el Norte se espera que los hombres y las mujeres latinoamericanos actúen según deseos regulados, que ofrezcan una narrativa de identidad particular susceptible de acceder fácilmente al flujo transnacional. En este sentido, podríamos decir que la fantasía Norte\Sur está regida por diferentes formas de nostalgia, por el anhelo de recuperar una era de esta-

bilidad que es anterior al proyecto neoliberal.<sup>1</sup> Esta nostalgia presenta formulaciones varias. Desde un punto de vista conservador, las mujeres siguen siendo identificadas con el reino de los “sentimientos”, identificación que crea en la comunidad la ilusión de estar evadiendo así las grandes inequidades del mercado. Esta percepción está avalada por la retórica de los valores familiares, retórica que, además, liga el comportamiento de hombres y mujeres con un ideal deseado de ciudadanía. Desde una mirada progresista, en cambio, se prevé que los hombres y las mujeres respondan de otra manera: es razonable esperar, por ejemplo, que las mujeres opongan resistencia al nacionalismo patriarcal o que las intervenciones de género lleguen a alterar las relaciones de familia y Estado.

El paradigma del género nos permite rastrear cambios en la política de representación, un problema que afecta tanto el orden de las inclusiones democráticas como el de las formas estéticas. Quiero examinar en este trabajo las clases de ficciones que viajan entre Norte y Sur, prestando particular atención a la inscripción del género en las ciencias sociales y en la cultura literaria.

Más allá de estrategias narrativas particulares, permanentemente se nos recuerda el rol

crucial de la intermediación cultural en el flujo Norte\Sur.

## I. Miradas (lugares) de la teoría

En la representación del género en las Américas, el relativismo cultural determina jerarquías de conocimiento. A menudo se toma la teoría angloeuropea como si se tratara de una fuente unitaria de ideas.<sup>2</sup> No sólo se concibe al Norte como un depósito de teoría, la supuesta casa de lo abstracto, del pensamiento universal; sino que el Norte también se impone como un modelo que es copiado con avidez en el resto del mundo. Por ejemplo, Carolyn Porter (1994) “ha descubierto” recientemente los méritos del estudio comparativo Norte\Sur; argumenta que, con esta inclusión, se ampliaría el foco de los proyectos norteamericanos, tal como están planteados hoy dentro de los Departamentos de Inglés de las universidades norteamericanas. La estrategia consiste en construir un marco mayor para explicar las culturas hemisféricas desde la perspectiva de los Estados Unidos. En ese proceso, se advierte cierta indulgencia hacia una alteridad fantaseada, una señal de reconocimiento hacia el sur que no contrae ningún compromiso con los proyectos políticos o estéticos que puede ofrecer América Latina. En esta con-

---

<sup>1</sup> Como siempre, debo mucho a las conversaciones con Gwen Kirkpatrick, Mary Louise Pratt, Francesca Miller y Marta Morello-Frosch, quienes han iluminado para mí la influencia de la

nostalgia y el heroísmo en la experiencia neoliberal contemporánea.

<sup>2</sup> Ferman (1993) y S.P. Mohanty (1989) han tratado con profundidad el tema del relativismo cultural. Ver también

Edward Said, cuyo término “travelling theory” (teoría que viaja) ha influido en mi pensamiento.

---

*Exclusión - el Tercer Mundo es irrelevante a la teoría-. 2. Discriminación -el Tercer Mundo es irracional y así su conocimiento está subordinado al conocimiento racional producido por la metrópolis-. 3. Reconocimiento -el Tercer Mundo es visto sólo como el lugar de lo instintivo-* (1988: 504). El problema planteado por Jean Franco todavía no ha sido superado. En efecto, la insistencia sobre la inferioridad latinoamericana en el campo de la teoría literaria sigue operando en la imaginación de los críticos a ambos lados de la frontera. De ahí que las discusiones sobre la modernidad tardía de América Latina se hayan planteado, sobre el eje Norte-Sur, en base a los poderes que confiere la teoría producida en el norte. De modo similar, los debates sobre el posmodernismo y los estudios culturales latinoamericanos han partido del axioma de que el paradigma norteamericano brinda el estímulo inicial y necesario para los debates que se abren en el sur.<sup>4</sup> Aún algunos de los más lúcidos críticos latinoamericanos siguen afirmando que, en el sur, la teoría es todavía una asignatura pendiente (Cornejo Polar, 1994).

Diferentes voces sobre el eje Norte-Sur consideran ahora que las ideologías han fracasado en América Latina; que la era de las utopías ya ha pasado (Castañeda); que los

movimientos sociales han perdido su imperativo debido a una carencia de visiones teóricas de largo alcance (Moreiras). Incluso, la literatura latinoamericana como persecución y búsqueda es vista al borde de su agotamiento -en la medida en que la literatura recuerda un pasado colonial, resulta una institución arcaica y sin sentido (Beverly)-. En estos casos, se le imputa a América Latina un fracaso a la hora de teorizar; los críticos advierten que América Latina muestra debilidades para rescatar la acción a través de paradigmas conceptuales. Tomemos por caso **Utopía Disarmed** (1993), de Jorge Castañeda, en que el autor atribuye los fracasos de América Latina a los proyectos errados de la izquierda. Figuras como Mario Firmenich, Caetano Carpio y Pascual Allende son vistas como revoltosos inmaduros que provocaron el derrumbe de la teoría histórica del “gran hombre” en el activismo de la década del 70. Los héroes de ayer son reducidos hoy a un tableau kitsch, reminiscencias de un espíritu desvariado que sería mejor olvidar.

Como consecuencia de estos razonamientos, los latinoamericanos parecerían depender de la guía metropolitana: el paradigma neoliberal se proyecta, de esta manera, como el principal curso viable para los 90. Como muchas

cepción, además, subyace el supuesto de que los intelectuales de América Latina nunca antes habían considerado esta problemática comparativa.<sup>3</sup>

En el viaje de las ideas, se propone a menudo una ruta unidireccional. Años atrás, Jean Franco nos alertaba de los peligros que acarrea la dominación metropolitana sobre la teoría y los mecanismos a los que esta dominación apela: *I.*

---

<sup>3</sup> Desde los primeros años de la Independencia, los intelectuales latinoamericanos han considerado seriamente la división norte/sur y han buscado modelos teóricos que pu-

diesen incluirlos como sujetos activos. El caso de Sarmiento es ejemplar en este sentido.

<sup>4</sup> George Yudice (1994) ha hecho una atractiva crítica del proceso por el

cual los paradigmas de las culturas minoritarias, formulados en la academia estadounidense bajo la rúbrica de los estudios culturales, han tenido una tibia recepción en América Latina.

---

de tinta sobre una hoja de papel plegada, las mismas ideas se duplican sobre ambos lados del hemisferio. La diferencia, a medida que prolifera, se sustenta en las marcas que imprime un pen-samiento post-original.<sup>5</sup>

En **White Noise**, la popular novela del escritor norteamericano Don DeLillo, después de un derrame nuclear, un personaje pregunta a la brigada de rescate: *¿Están ustedes diciendo que vieron la oportunidad de usar el evento real para ensayar la simulación?* (1986: 139). Me pregunto: si acaso la representación que se hace el Norte de América Latina no es un intento de construir simulaciones, de quitarle énfasis a la experiencia vital para cultivar modelos abstractos. Podría pensarse que la experiencia del Sur se vuelve un campo de pruebas para la teoría, la que adquiere, a su vez, una vida propia. Como contrapartida, la teoría es reexportada hacia América Latina determinando, de alguna manera, su experiencia vital.

Al considerar estos problemas, otros intelectuales buscan restituirles un sentido de agencia a los sujetos latinoamericanos a través de estrategias alternativas -aunque a menudo insuficientes- de representación. En este proceso, suelen producirse historias de salvación que anuncian triunfos latinoamericanos; más que una nueva utopía, estas narrativas intentan ofrecer continuamente nuevas categorías de identidad a través de instrumentos y diseños de investigación que se superponen con los de la ficción.<sup>6</sup>

A los sujetos latinoamericanos se les atribuye, particularmente, una clase de relato heroico que afecta los paradigmas teóricos que surgen en América Latina. Rosalba Campra ha observado que la compulsión mimética de copiar al norte ha sido una condición fundamental de la existencia latinoamericana: *La conducta mimética aparece entonces como la única existente; la máscara como el único rostro aceptable* (1987 18). Esta condición

---

<sup>5</sup> Algunos defensores del posmodernismo ven este impulso como una forma de descentrar el pensamiento hegemónico, alegando que, en la condición posmoderna, las sociedades marginales tienen la oportunidad de corregir la distinción entre las expresiones alta y popular, entre la teoría metropolitana y sus traducciones periféricas. Mediante un intercambio global de imágenes -a través de las cadenas mediáticas y la tecnología- todos nos vemos afectados por un único sistema; el terreno de juego, entonces, se nivela. De

esta manera, todos los miembros de la sociedad global pueden copiar las imágenes que ven; además, todos visten las máscaras del carnaval para desafiar una forma y una identidad fijas. En este desfile de caras cambiantes, donde las copias son más valiosas que su fuente, las culturas periféricas reclaman para sí una inserción competitiva en la dinámica del nuevo sistema mundial. Se deja de lado el pasado histórico para enfatizar un mundo libre de las molestias de la polémica y el debate. En esta clase de análisis, parecería

olvidarse que el proyecto es orquestado por los líderes del capital corporativo.

<sup>6</sup> Si bien su interpretación de este fenómeno difiere de la mía, Gwen Kirkpatrick hace un inteligente análisis de las ficciones utópicas producidas por el feminismo. En particular, subraya el reciente interés en la marginalidad: *Llegan a nuestra atención las mujeres de la esfera pública por sus desvíos, no por su heroicidad ni su capacidad, sino simplemente por su persistencia en sobrevivir* (1995 47).

estructura la base de una literatura dependiente (el tema principal del libro de Campra), pero, a la vez, ofrece una máscara que impide cualquier aproximación a una identidad auténtica. De ese modo, se suceden un buen número de sustituciones que contribuyen a engrosar la serie de lo que Campra describe como “arquetipos de la marginalidad” (27): indios, gauchos e inmigrantes conforman un exaltado repertorio de personajes latinoamericanos. Estas figuras promueven una cierta clase de narrativa, un melodrama de la rebelión y la cura, un idilio de la supervivencia y el triunfo. Puesto que ofrecen una fantasía optimista de resistencia, los prototipos marginales de América Latina siguen disfrutando de una amplia vigencia y superan los fracasos que marcaron al activismo de izquierda en años recientes. Las mujeres latinoamericanas se han desplazado ahora al centro de esta narrativa, prometiendo esperanzas de redención para la sociedad a través de una micropolítica del cam-

bio. Esto conlleva su propia teorización contingente y promueve formas de identidad que exaltan los márgenes de la sociedad.

## II. Las intermediarias de cultura: mujeres que comercian

Norma Alarcón ha observado que la teoría feminista angloamericana pone el acento sobre el triunfo individual mientras que las “nativas” del tercer mundo están agrupadas teóricamente como sujetos colectivos de proyectos colonialistas o racistas (1990: 357). Las mujeres fuera de la metrópolis parecerían no tener acceso a un relato propio; reunidas anónima o colectivamente, están obligadas a hablar por sus comunidades pero no por sus logros individuales. De esta manera, -argumenta Alarcón-, las mujeres de color son siempre *ejemplos* de una causa.

Algunos libros recientemente publicados por académicos norteamericanos dan una inflexión diferente a este problema. Nos muestran que las mujeres latinoamericanas, de hecho, ejemplifican valores *individuales*, pero a menudo en respuesta a un proyecto narrativo cuyas leyes han sido fijadas en el Norte. Esto resulta aparente, por ejemplo, en los estudios culturales etnográficos y literarios que festejan los logros de las latinoamericanas así como las buenas intenciones de las agentes culturales que observan su curso. El resultado es un nuevo estilo de autoconciencia narrativa en los 90 que nos induce a reflexionar acerca del poder de la *mediación* en tanto discurso cultural.

Consideremos, por ejemplo, la publicación que hace Lynn Stephen del *testimonio* de la salvadoreña María Teresa Tula. La editora explica que las experiencias de su testimoniante *la han transformado en una escrutadora notable de eventos políticos y económicos y en una teórica feminista muy reflexiva. En el proceso, Tula también ha tomado conciencia de su propia opresión en tanto mujer salvadoreña pobre y ha comenzado a percibir el mundo a través de los ojos del género* (1994, 1). Al remarcar las dimensiones feministas de la experiencia de la testimoniante, Stephen enfatiza las múltiples escenas de violaciones, abusos domésticos y abandonos que ha padecido Tula. Stephen aprovecha la estructura del testimonio, exitoso dentro y fuera de los Estados Unidos, para difundir un mensaje sobre la organización de las prostitutas, las amas de casa y las madres solteras, y también para postular un programa de derechos humanos que coincide con una plataforma feminista.

El aparato narrativo transforma la mirada de Tula en una historia del despertar de la conciencia, “made in USA”. A diferencia de Rigoberta Menchú, quien resguarda los secretos de su nación y jamás se desdice de la responsabilidad que tiene con su partido político, Tula salta por sobre sus lazos de fe y por sobre sus propias características narrativas, y rápidamente adopta una perspectiva norteamericana que es compensada por su rol de “víctima”. Stephen explica: *Lo que hace la historia de María diferente de otros testimonios de mujeres es que ella reflexiona directa-*

---

mente sobre el feminismo, la marginalidad, la opresión de las mujeres en la sociedad salvadoreña y los movimientos populares de izquierda (226). Entre otras cosas, nos enteramos de que María Teresa Tula, en un viaje a Europa en nombre de su organización, ha llegado a aceptar el lesbianismo de otras mujeres; ella misma explica esta toma de conciencia como parte de su reconocimiento de la multidimensionalidad de la vida de las mujeres. Stephen remarca entonces que el testimonio debe revelar la experiencia de una conciencia en ascenso de las mujeres y también brindar a las lectoras “un importante modelo para el análisis feminista” (227). De estas interacciones emerge una construcción narrativa que pone en evidencia los poderes del rescate y la conversión sancionados sobre el sujeto latinoamericano.

Un esfuerzo más notable de intermediación cultural es el que nos ofrece Ruth Behar en su libro **Translated Women** (1993). En los límites entre la ficción y la biografía, el proyecto de Behar responde a la crítica que frecuentemente se les hace a aquellos investigadores que emprenderían la transcripción de una “vida” latinoamericana. Behar da cuenta de las dificultades que tiene para transcribir las experiencias de su testimoniante, Esperanza, y sus propias luchas, en tanto escritora situada entre dos mundos. La historia de Esperanza se convierte en un pretexto para contar la historia de Behar; también aparece en su texto una serie de temas relativos a la construcción de narrativas sobre mujeres.

Behar ha tenido una rigurosa formación en el campo de la crítica y, por ende, está al tanto, de un modo excepcional, de los debates en torno al problema del “etnógrafo redentor”. Su proyecto consiste en asociar a la antropóloga con la testimoniante, -se las llama “*comadres*” a lo largo del libro-, como colegas en el proceso compartido de registrar el *testimonio* y participar en el arte de la escritura. En este punto, Behar se diferencia de los etnógrafos más convencionales: sus cambios de identidad, sus viajes entre norte y sur, y su condición bilingüe le permiten circular entre identidades posmodernas variantes. Además, su condición de *latina* en la academia estadounidense, con una carrera curricular en estudios literarios, es un factor que contribuye a que emprenda una narrativa personal que oscila entre la vida

privada y la ficción, excediendo de esa manera la supuesta objetividad que generalmente se exige de los registros antropológicos. Esta estrategia narrativa se despliega de manera notable, especialmente cuando Behar asocia la afición de su comadre Esperanza por la brujería con los procedimientos ficcionales del “realismo mágico”, acercando el texto a la narrativa por la que más se conoce la literatura latinoamericana en el mundo. A esto se agrega el hecho de que las estructuras de la ficción se mantienen a lo largo del libro y se interrumpen sólo cuando la autora introduce reflexiones autobiográficas. A fin de contar la historia de ambas, Esperanza y Behar se unen en un pacto que da especial relevancia al proceso creativo. El resultado es una historia a la manera del “retrato del artista” en la que la protagonista controla la no-

---

minación de la experiencia, con el fin de absorberla en un plan optimista que perfila una nueva clase de vínculo entre el norte y el sur.

En **Death without Weeping** (1992), Nancy Sheper Hughes considera con eficacia las importantes preguntas del relativismo cultural que han sido formuladas por la crítica antropológica reciente. Su estudio opera sobre el concepto y el peligro de “alterizar al otro”; cuestiona si acaso puede la moralidad quedar afuera de los estudios de la cultura. El estilo narrativo de Hughes explora estos temas mientras va desarrollando un caso antropológico como campo de acción, una subversión de las relaciones de poder y de las jerarquías de conocimiento existentes. Como *intermediaria* cultural, Hughes organiza una narrativa acerca de la relación personal que contrae con la testimoniante y cuenta su propia experiencia como parte central del relato. De esta manera, el relato antropológico se acerca a una forma ficcional, puesto que no carece de elementos dramáticos, tensiones y desenlaces narrativos. Las descripciones gráficas de la muerte y la destrucción corporal crean suspenso y, al ser sumamente detalladas, provocan un placer perverso. Aquí lo abyecto adquiere su propia estética.

Hughes continuamente nos advierte acerca de los peligros de la sobreproducción de diferencia (315), puesto que ésta aniquila cualquier campo común para la discusión entre los sujetos latinoamericanos y los académicos norteamericanos. A pesar de esta observación, cabría preguntarse si no es justamente esta demostración de

diferencia la cualidad básica que atrae la mirada norteamericana hacia América Latina. El modelo construye un exceso de excentricidades que demanda la intervención y el análisis por parte del académico norteamericano, cuya tarea consiste en ensamblar una narrativa sobre la comunidad y restituir así el orden. De cualquier forma, la narrativa de Hughes oscila precariamente entre estos extremos: asume la forma de un melodrama basado en historias de muertes infantiles y, a su vez, elogia las habilidades de supervivencia de la comunidad bra-

sileña que estudia. Este “hambre” de comunidad (a menudo la persecución de un mundo perdido que podría llegar a restaurar un modo de ser pasado), yace en el corazón de la ficción norteamericana y se extiende, a veces, a algunas escritoras en el Sur. La nostalgia y el espanto que provocan la familia y la comunidad encuentran, desde ya, un paralelo en textos que inconfundiblemente se postulan como ficciones; pensemos solamente en **Paula** de Isabel Allende o **Como agua para chocolate** de Laura Esquivel. Estos libros insisten en la centralidad de la familia y el clan. El carácter de “best-sellers” que han alcanzado en los Estados Unidos parecería demostrar que nuestra sed de ficciones de familias latinoamericanas no conoce límite.

En estas lecturas, asistimos a una nueva índole de representación política a través de las formas narrativas. Estos textos vuelven a centrar nuestra atención en la familia e instalan al científico social como un “productor inspirado”. A su vez, crean un idilio narrativo en torno al marginal, que contrarresta la hegemonía actual del Estado.

Estas narrativas antropológicas ocupan un lugar significativo en la economía cultural de las relaciones norte-sur: refuerzan una percepción particular de las mujeres latinoamericanas; configuran un ordenamiento de tipos de identidad femenina; e, inclusive, ofrecen prescripciones para las operaciones de agencia, contenidas en una clase de narración que inconfundiblemente presenta los procedimientos de la ficción. Bajo la apariencia de realismo mágico, de relatos del tipo “retrato del artista”

---

o de narrativas de derrotas y triunfos, estas ficciones representan diferentes dramas de víctimas que son oprimidas por la sociedad. A pesar de las intenciones de configurar identidades móviles, los sujetos de estos textos se vuelven fuentes de “autenticidad” en América Latina. De esta manera, estas historias fluctúan entre un carnaval posmoderno de identidades cambiantes y la nostalgia por las tradiciones duraderas de los lazos de familia y comunidad; comparten, como rasgo común, el interés por una reflexión auto-crítica por parte del antropólogo acerca de la subjetividad de la “gringa” que valora los recursos del arte narrativo sobre el frío empirismo de los datos.

Llamo la atención sobre estos proyectos a fin de relacionar las maneras en que los temas de género latinoamericanos se inscriben en discursos particulares en los que las investigadoras invocan una colaboración con las testimoniadas para crear algo que se parece a una ficción literaria. El “experto”, tan aclamado por el movimiento neoconservador, ahora redefine su autoridad en relación con la artesanía del relato y la escritura, y a la exaltación de los logros de las mujeres reunidas en el encuentro norte-sur.

Como si continuara las meditaciones de los antropólogos hasta aquí nombrados, Amy Kaminsky (del campo de la crítica literaria) sostiene que la experiencia de deconstrucción del género está diseñada para *desafiar la posición subordinada de las mujeres frente a los hombres* (1993: 18). Este tipo de crítica -agrega- debería tomar *como uno de sus principales obje-*

*tivos la transformación de las prácticas culturales represivas* (xiv). Como sus colegas antes citadas, Kaminsky también busca modelos alternativos de identidad femenina y elige privilegiar el concepto posmoderno de identidad femenina móvil. En este movimiento, puede notarse una curiosa paradoja: mientras que el antropólogo se desplaza hacia una construcción ficcional, el académico literario busca afanosamente una realidad objetiva. Kaminsky erige las tipologías feministas como base del estudio literario: la mujer exiliada, la lesbiana

y la testimoniada se transforman en un fundamento para el análisis literario.

Debra Castillo, en este sentido, plantea una hipótesis interesante. Observa con astucia que, desde el punto de vista metropolitano, *las mujeres latinoamericanas no escriben. De este postulado se desprenden otros corolarios, otras obviedades de la historia literaria estándar de América Latina. Las mujeres latinoamericanas ciertamente no escriben narrativa. Lo poco que escriben -poesía, en la mayoría de los casos- merece el olvido* (1992: 26). A fin de corregir esta mirada, Castillo se propone demostrar las diferentes maneras en que las mujeres escritoras cuestionan las normas de autenticidad y uso de los textos, tanto en el orden de la teoría como en el de la praxis. Castillo rechaza los absolutos, mira más allá de las categorías de análisis occidentales con el objetivo de encontrar otros criterios teóricos de evaluación. Sin embargo, en un movimiento que notoriamente se relaciona con el modo como la antropología localiza las jerarquías de género, Castillo elige nombrar a las mujeres latinoamericanas como sujetos marginales: amas de casa, indias, santas, prostitutas e iletradas (293-4) son colocadas en una *serie de situaciones temporarias* (7), sin quedar necesariamente sujetas a una teoría particular. Su estrategia de análisis es comparada con una receta de guiso: *un puñado de esto, y una pizca de aquello* (36). La indecidibilidad derridiana condimenta así los aromas narrativos de este libro; los ingredientes que se van agregando a la olla son comparados con una práctica de

lectura en que las partes no pueden ser separadas del todo. Irónicamente, las historias de mujeres están planteadas, una vez más, en una ficción doméstica.

La autopista panamericana de los agentes culturales está organizada en amas de casa, locas y prostitutas, en víctimas o sobrevivientes con temple de acero. ¿Existe alguna otra manera posible de imaginar esta travesía sin referirnos a estos sujetos marginales? ¿En qué condiciones nos encontramos nosotros, en tanto intermediarios culturales, para manejar las relaciones norte-sur? Señalo los ejemplos anteriores sin ánimo condenatorio, sino más bien como un punto de discusión y reflexión acerca de las perspectivas que adoptamos, en tanto académicos de los Estados Unidos con cierto grado de compromiso hacia América Latina. Si hay algo de lo que podemos estar seguros es que nuestras posiciones

no han pasado inadvertidas. Susana Thénon escribió en 1987 un poema muy mordaz sobre los intereses de investigación que tienen los académicos estadounidenses que presumiblemente se dedican al feminismo. El poema se burla del proyecto de una crítica norteamericana que quiere compilar una antología de escritoras latinoamericanas. El poema concluye con los siguientes versos:

*porque tu sabes que en realidad  
lo que a mí me interesa es no sólo que  
escriban  
sino que sean feministas  
y si es posible alcobólicas  
y si es posible anoréxicas  
y si es posible violadas  
y si es posible lesbianas  
y si es posible muy desdichadas  
es una antología democrática  
pero por favor no me traigas  
ni sanas ni independientes*

(La Antología 1987: 70)

La reflexión irónica de Thénon nos lleva a preguntarnos sobre la recepción que tienen las ideas feministas norteamericanas cuando viajan hacia el sur. Con una dosis menor de ironía, pero de una manera igualmente eficaz, la escritora argentina María Negroni plantea este mismo problema en su libro de ensayos **Ciudad Gótica**. Negroni observa cómo se espera de la cultura latinoamericana que cumpla con una promesa de diferencia. Esto conduce a un gusto por textos y comportamientos excéntricos: *En el plano literario, la “guetificación” lleva a confusiones alarmantes. Los escritores latinos están condenados a un deber ser implícito y férreo. Algo así como un arquetipo platónico vertido en el molde de un mandato explícitamente político o exótico o folklórico. ¿Aquí se acaba la lista? ... ¿Quiénes son los responsables de este desaliento? ¿Los que producen? ¿Los que trabajan de agentes literarios? ¿Los que consumen? ¿Los que organizan? ¿Difunden? .... Me temo que, mientras persistan los síntomas que he descrito, pocas expectativas puedan cifrarse allí. Al menos, basta que América Latina gane lo único que no se le concede: el derecho a participar, de igual a igual, en la discusión estética (29-32).*

Siguiendo en esta dirección me gustaría examinar ahora los proyectos de aquellas mujeres de Argentina y Chile que se ocupan del intercambio de ideas norte-sur dentro del medio de las revistas culturales. En este medio, ellas abren nuevas vías de discusión para la identidad de género y la práctica social.

---

### III. Las intermediarias culturales: Medi(t)aciones sudamericanas

Margaret Randall viajó a México en los 60 y fundó allí la revista *EL CORNO EMBLUMADO*, abriendo así un debate entre poetisas a ambos lados de la frontera. Los proyectos intelectuales de Lea Fletcher y Nelly Richard continúan esta tradición. Ambas son extranjeras que actualmente viven en Sudamérica (en Argentina y en Chile, respectivamente). Ambas entablan un diálogo Norte-Sur a través del vehículo de la revista cultural. A mi parecer, *FEMINARIA* Y *REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL* son las publicaciones más significativas en América Latina que procuran un intercambio feminista entre norte y sur sobre cuestiones de política, estética e identidad de género locales. Estas publicaciones revierten la clase de narrativa sobre mujeres que a menudo se postula en el Norte.

*FEMINARIA* (1988--), con 14 números publicados, constituye un esfuerzo por integrar la teoría feminista del norte con la producción intelectual del Cono Sur. Su directora, Lea Fletcher, una norteamericana de nacimiento que vive actualmente en la Argentina, ha compaginado dos ciclos de reflexión feminista, circunscribiendo su enfoque a los problemas de la cultura y el lenguaje. En su fase inicial, *FEMINARIA* anunció un programa que proponía estudiar el peso de los valores patriarcales sobre las mujeres argentinas y exponer el funcionamiento del sexismo en el lenguaje (Fletcher 1988:1). Aportaron a este proyecto diversos artículos de feministas

norteamericanas y europeas, que fueron editados junto con escritos de mujeres argentinas provenientes de los campos de la literatura y las ciencias sociales.

No sorprende que la presentación de este material siempre haya estado anclado en una teoría de la conversación entre mujeres y en la fe, claramente expresada, en las posibilidades que este diálogo podría brindar. Es esta teoría de la conversación, producida en las páginas de ocho años de *FEMINARIA*, la que ha estructurado un intercambio que se hacía necesario sobre identidad, estética y acción. Rechazando el modelo de un “ghetto” de mujeres, *FEMINARIA* ha luchado por la construcción de una comunidad de interlocutores que orienten las prácticas feministas en la cultura argentina (ej, Monzón 1992: 85).

Desde el primer número, Fletcher publicó materiales de la feminista italiana Rossana Rossanda y de mujeres argentinas que viven en el extranjero sobre la estructura de las amistades femeninas y la urgencia discursiva que estas relaciones originan. Aparecieron artículos sobre ámbitos de reunión feminista, incluyendo el primer -hoy ya clásico- encuentro de feministas chilenas y argentinas en Santiago bajo la dictadura de Pinochet y las posteriores conferencias feministas realizadas en otros lugares de América Latina. *FEMINARIA* ha editado actas de congresos, divulgado información sobre librerías para mujeres en París y Buenos Aires, y ha hecho comentarios sobre programas de estudios de la mujer en

distintas universidades argentinas. A todo lo largo de la publicación, Fletcher ha ofrecido materiales bibliográficos actualizados sobre tópicos feministas argentinos. Estas múltiples entradas organizan un *registro* de las prácticas intelectuales feministas en la Argentina, brindando una actualización teórica para la acción social y una panorámica de la producción cultural. Muy interesantes resultan los testimonios de la participación social de las mujeres en el sistema neoliberal.

La crítica cultural Leonor Calvera reflexiona sobre el clima político actual suscitado por la economía de mercado:

*La discontinuidad intrínseca se ve alimentada por una malsana discontinuidad exterior, provocada. Es un hecho que, abierta o encubiertamente, el manejo de la opinión pública tiende a romper la continuidad de la experiencia feminista. Se habla de superación o de fracaso. Lo que importa es separar los distintos momentos de las luchas reivindicatorias o transformadoras, aislarlas para quitarles coherencia. De esta manera cada mujer se siente fuera de un destino común .... La quiebra en la unión de los distintos tiempos y lugares, con la consiguiente abolición de la facultad evocadora, ha sido una de las principales características del terrorismo de los grupos de dominación, especialmente del Estado (1992: 8 6).*

Para combatir este aislamiento, FEMINARIA ha buscado trazar una continuidad entre los movimientos de mujeres del período contemporáneo y momentos históricos anteriores. Fletcher ha propuesto cadenas históricas de las luchas de mujeres argentinas: los artículos sobre Juana Manuela Gorriti, Eduarda Mansilla de García y la generación argentina de 1880 ofrecen el fundamento decimonónico de los feminismos contemporáneos. Asimismo, los estudios sobre conferencias o encuentros literarios panamericanos convocados por las mujeres de los años 20 continúan la indagación en este siglo. Una editorial, que funciona en tándem con la revista, está comprometida con la recuperación de material de archivo.

A su vez, las colaboradoras de FEMINARIA han indagado cuáles son las posibilidades del feminismo en un país dependiente, cuyos mode-

los de ideas han provenido continuamente de los Estados Unidos y Europa. En FEMINARIA se han criticado las categorías de conocimiento provenientes de los círculos angloamericanos, sobre todo la lógica binaria para marcar la diferencia sexual que es utilizada en la teoría norteamericana: modelos de agresión \ pasividad (Brownmiller, Dworkin); naturaleza \ cultura (Ortner, Griffin); o la diferencia como una forma de conciencia que sugiere la superioridad de las mujeres (Chodorow, Gilligan). Las escritoras y las filósofas locales que colaboran en FEMINARIA han ampliado esta reflexión crítica con el fin de poner en discusión la política de identidad que resulta de esta lógica binaria.

Al analizar la imposición de las premisas teóricas angloamericanas, la poetisa y crítica argentina Diana Bellessi observó que las mujeres del Cono Sur están trabajando siempre bajo la presión de una “imaginación hipotecada”. Adoptar las estrategias del feminismo en un cultura doblemente colonizada, de por sí, coloca a las mujeres argentinas en una situación precaria que desestabiliza sus certidumbres epistemológicas:

*Cuestionar una cultura central intrínsecamente colonizada por Europa, desde la instrumentación de un pensamiento resistente también fundado en Europa, es una cosa. Incluir la precariedad bárbara de un feminismo teórico oriundo del norte, aún poco leído, apenas traducido y ya cuestionado, exige una rápida producción local por parte de mujeres involucradas personalmente desde el espacio doméstico de sus vidas y es otro*

---

*fenómeno harto más difícil, significa enfrentarse a una doble hegemonía cultural desde una diferencia de la que apenas empezamos a ser conscientes. Cuando no se tiene siquiera el poderoso arsenal de un pensamiento mítico fundado en las culturas indias, para oponerse al discurso central colonizador, lo es más aún. Hay que trabajar con un imaginario hipotecado. Poner el cuerpo allí, encierra el peligro de pasar a ser la Tonta. Significa desplazar el impuesto interés por el prestigio, hacia el interés por el pasar. Despreciar el aplauso de los reyezuelos en el palacio, por la algarrabia amorosa de otras mujeres. En un ambiente donde no se arriesga demasiado desde lo personal, abrirse el corpiño y demandar ser miradas y mirarse (1990:6 10).*

Como si continuara la reflexión de Bellesi sobre la necesidad local de asumir riesgos teóricos, la filósofa Diana Maffía toma las experiencias políticas argentinas como base de su pensamiento crítico. Tal es el caso en su narración de la historia de Mariela, una transexual cuyos hijos le fueron violentamente quitados bajo el cargo de que ella era una madre incompetente (1994:1-2). Esta historia, publicada en los periódicos de Buenos Aires y muy discutida en 1993, le permite a Maffía reflexionar, primero, sobre las categorías “naturales” de identidad de género y, luego, sobre las relaciones cambiantes entre la sexualidad y el poder político en la Argentina. Así también, la prohibición contra el aborto -un tema ca-

liente en la Argentina- suscitó que FEMINARIA le dedicara un número especial, en los límites extremos de la filosofía liberal, tal como se la concibe en el Cono Sur. Números posteriores de la revista revisan la crisis del proceso de redemocratización y la situación de las mujeres. Como protagonistas de la sociedad de mercado, las mujeres resultan las figuras afectadas con mayor severidad por el régimen neoliberal: son las responsables de la supervivencia de la familia y de la defensa económica del hogar. Contra la visión conservadora de una pérdida general de valores bajo la dominación de una economía de mercado en detrimento de la sociedad civil, emergen múltiples posibilidades para la organización de las mujeres. Ellas crean nuevas modali-

dades de acción social y desafían las formas tradicionales de autoridad (Maglie 1990:5 29-31).<sup>7</sup> La proliferación de nuevas identidades es recibida como una respuesta positiva a la crisis del modelo neoliberal.

Las fuentes de investigación de FEMINARIA son decididamente heterogéneas, apelando a la producción de intelectuales locales así como a la de académicos de políticas públicas de los Estados Unidos e Italia. Sin embargo, a lo largo de la publicación, las críticas argentinas continúan negociando las condiciones locales de las mujeres contra las hipótesis posmodernas que tanto dependen de la teoría metropolitana.

Esta crítica surge con mayor claridad en relación con la estética. En un ensayo particularmente en-

---

<sup>7</sup> Sobre las mujeres en la economía neoliberal, confrontar las siguientes

recopilaciones especiales de artículos: *Mujer y crisis*, 1990:5 29-35 y *El*

*feminismo en estos tiempos neoliberales* 1992:8 3-14.

riquecedor, la escritora Tununa Mercado indaga las voces de denuncia que emergen de los movimientos feministas contemporáneos y evalúa el impacto de ese discurso sobre las actividades de las escritoras. En una posición a la que adscribe, sostiene Mercado:

*Esa literatura de denuncia y de agitación se acostó en un molde: se pensó que para llegar a las trabajadoras, a las campesinas o a las secretarias, que son a quienes quieren llegar al menos las feministas socialistas, había que formular un mensaje directo e infundible. La intención nos obligó a muchas a hacer recortes y, a la larga, tuvo un efecto represivo. En el ámbito de las ciencias sociales llamado de 'estudios de la mujer', los textos siguieron modelos académicos tradicionales, se instalaron en un cuerpo ordenado, taxonómico, clasificatorio del papel de la mujer y de su condición en la sociedad. Había que hacer una ciencia de la mujer, constituir una teoría, pero no se puso en crisis el lenguaje, no se creyó necesario hacerlo entrar en crisis: en toda la vasta literatura sociológica hay muy pocos textos que muestran el desgarramiento y la perplejidad de la escritura, como si todavía no se pudiera salir de la descripción y de la interpretación hacia una epistemología que pueda dar cuenta de la complejidad de la materia sobre la que se discurre. ...El tema, los temas -la llamada "problemática" femenina -y me atrevo a decirlo, poco a poco, fue subyugando esos textos y condenando a una nueva opresión, la del referente 'real', que exige sumisión y se adueña del gesto narrativo haciéndolo ilustrar con verdad, verismo o verosimilitud lo que no le sucede a sus criaturas de*

*ficción, quedando así el relato y la escritura demasiado pegados a la dictadura de la representación, mimetizándose el texto con la literalidad del mensaje. Esta narrativa se miró en la luna del espejo, no atravesó el espejo (1989:3 22).*

A pesar de que FEMINARIA ha publicado artículos de inspiración posmodernista norteamericana (Flax, De Lauretis, Benhabib), es quizá a través del énfasis en la literatura que la confrontación de culturas norte-sur es abordada con mayor fuerza. *La crisis del lenguaje*, apuntada por Tununa Mercado, se vuelve un permanente objeto de reflexión. En su número 7 (1991), FEMINARIA inauguró una sección titulada "Feminaria Literaria", destinada a rastrear la producción cultural feminista en un marco histórico comparativo. Los nombres de Elizabeth Bishop, Adrienne Rich y Nicole Brossard se reúnen con los de escritoras y críticas contemporáneas de la Argentina y de otros lugares de América Latina. De este modo, Fletcher contrabalanceó las urgencias que presenta la crisis política contemporánea con una especial preocupación por los derechos de las mujeres y con un compromiso activo en las reformas nacionales, junto con la presentación de estudios sobre la artesanía de la escritura y las intersecciones entre las culturas del norte y el sur. En síntesis, el proyecto de FEMINARIA continúa oponiéndose a la esencialización de la experiencia local.

En Chile, Nelly Richard, otra extranjera en América Latina (es francesa pero ha vivido en Chile desde hace más de 20 años), ofrece una interpretación radical de las

relaciones norte-sur en su REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL (1990-). Su proyecto no se limita exclusivamente al análisis de temas feministas. La revista realiza una crítica de los debates posmodernos y una búsqueda de la identidad latinoamericana desde una perspectiva de género. Richard lleva a cabo una indagación local sobre el feminismo latinoamericano que defiende el valor de la micropolítica y otorga importancia a los poderes de la literatura y las artes visuales.

En general, Richard toma una postura crítica ante la teorización global; desconfía de los impulsos universalizadores, pero también reconoce las ventajas que brindan los conceptos metropolitanos para el análisis de algunos temas de la cultura latinoamericana. Coherente con su posición, Richard rechaza una genealogía estrecha del término "posmoderno", en tanto podría interferir con la ac-

---

ción social real<sup>8</sup>; e insiste repetidas veces en la autonomía heterogénea de la cultura local. El posmodernismo sirve al interés latinoamericano, sobre todo, en tanto permite la incorporación de América Latina en el debate internacional. En otras palabras, América Latina tendría que sacar ventajas de esta línea de argumentación teórica para entrar en un flujo de discusión global:

*Es posible argumentar a favor de un interés latinoamericano en el debate posmoderno diciendo que somos parte interdependiente de la red de planetarización de las influencias que pone en contacto telecomunicativo el aquí-ahora de todos los sujetos receptores diseminados en el centro y en la*

*periferia de la información cultural. Esta mundialización de la cultura, nos obligaría de por sí a tomar posición para no perder 'conciencia situacional'... Mucho de lo que disgrega el rostro posmoderno (de la rotura del nexosocietal al vaciamiento de los referentes-guías de movilización y lucha) se refleja entre nosotros, aunque oscurecido por el dramatismo de una convulsión histórica (las dictaduras) que estremece la tesis de cualquier relajado 'fin de la historia' defendido hoy por los apocalípticos integrados... Todas estas razones derivadas de la crisis de totalidad-centralidad argumentarían a favor de la revalorización cultural de la periferia hasta postular la máxima protagonista del nuevo relato posmoderno de lo descendido. (1991:3 15-19).*

De modo similar a cómo el “boom” literario situó a América Latina en el mapa mundial, lo posmoderno de América Latina (tan viejo como el siglo mismo, algunos argumentarán) debe ser visto, no sólo conjuntamente con los proyectos europeos y norteamericanos, sino también como una fuerza que permite a los latinoamericanos repensar su experiencia periférica de modernización, las asincronías de su desarrollo cultural y económico, el pastiche de la memoria y el olvido históricos.

El posmodernismo en América Latina se caracteriza por su gran heterogeneidad, por los cruces y las mezclas irresueltos de la tradición y la modernidad. Es esa mixtura híbrida, ese collage inestable, el que crea una alternativa a los proyectos más comunes de modernidad del -así llamado- mundo desarrollado; o mejor dicho, la suspensión de materiales heterogéneos abre la posibilidad de una nueva voz política y de una manera de responder, en términos propios, a los Estados Unidos y a Europa.

Richard avanza un paso más en esta dirección y se aleja de los discursos totalizadores en crisis para mostrar las maneras en que diferentes grados de desarrollo en Chile, Argentina y Perú rompen con los ideales de la historia y el progreso y abren las puertas a la micropolítica. El objetivo sería descubrir lo que ella denomina la fisonomía del “nosotros mismos” (1991:3 15). Richard no quiere renunciar a los lazos con

---

<sup>8</sup> Sobre la recepción de la teoría metropolitana, ver especialmente el número

de REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL dedicado a la visita de Baudrillard a Chile (1993:7).

---

proyectos locales y, entonces, encuentra una explicación productiva del posmodernismo “periférico” en la cultura de la heterogeneidad y el mestizaje. El siguiente paso consiste en deslizar esta discusión hacia las cuestiones de género.

Richard apuesta contra los proyectos hegemónicos y a favor de una alteridad latinoamericana peculiar. Si el pastiche, la cita y los simulacros abundan en los proyectos posmodernos internacionales, Richard, en cambio, ve su uso en el contexto local como una *respuesta* a la cultura metropolitana. La parodia, por ejemplo, es una manera de *dar vuelta* la autoridad de la cita; no se trata de una imitación servil, una experiencia de lo “déja vu”.

Los ejercicios de traducción, tan frecuentes en América Latina, son vistos como proyectos contestatarios no sujetos a una lógica única. Así Sarmiento pervirtió la cultura europea cuando la tradujo del francés al español, socavando el prestigio y las tradiciones reinantes, las actuales prácticas latinoamericanas de pastiche y cita no deben tomarse como síntomas de una falta de originalidad, sino que, por el contrario, muestran una determinada resistencia a las formas de expresión metropolitanas.<sup>9</sup> Son formas de reclamar el carácter único de América Latina, reivindicar su alteridad y resistir la dominación.

Esta posición es coherente con el proyecto más amplio de Richard de rescatar los micropoderes de la cultura política, un modo de resal-

tar el poder del género para negociar la autonomía latinoamericana. Las colaboraciones de las chilenas Diamela Eltit, Olga Grau, Mabel Piccini y Raquel Olea sobre feminismo e identidad social, o de Néstor Perlongher o Félix Guattari y Jacques Derrida sobre cuestiones de sexualidad y Estado, advierten a los lectores de la REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL sobre la importancia ineludible del género en el proyecto postmoderno. Es también ésta una manera de presentar proyectos alternativos al Estado a través de los efectos desestabilizadores del género. Con frecuencia, la REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL presenta lo femenino como un principio fundador de alianzas políticas en América Latina. En este sentido, el poeta argentino Néstor Perlongher, al escribir sobre Brasil, observa que las minorías sexuales y raciales agitan el cuerpo social en un esfuerzo por recapturar las instituciones o -en un análisis ulterior- destruirlas. Pero Perlongher apunta con sagacidad que las culturas minoritarias no sólo se preocupan por cuestiones de identidad, sino también por la posibilidad de transformarse en puntos de alianza con otras minorías. Poniendo el acento en las minúsculas entidades compartidas entre un grupo y otro (en este punto, el autor está en deuda con Deleuze y Guattari), propone que lo *femenino* ofrece hoy la resistencia más fuerte al Estado. Los contactos entre los grupos minoritarios plantean así la oportunidad de

---

<sup>9</sup> Sobre la cuestión de la traducción y las ventajas estratégicas de la mala cita, ver especialmente Ricardo Piglia (1994).

---

una subjetividad alterizante de América Latina en su conjunto; favorecen, por último, una mutación del orden global, basándose para ello en las categorías del género (1991:4).

Richard rechaza cualquier categorización absoluta del sujeto latinoamericano. Propicia, en cambio, una proliferación abierta de discursos ligados a grupos sociales minoritarios, que se desborda hacia los márgenes, sin necesidad de tematizar la victimización o el triunfo. De manera insistente, su proyecto presenta a sus lectores las realidades complejas de América Latina. Un breve ensayo de Diamela Eltit (1991:4) retoma este punto al describir la instrumentalidad de la vestimenta para cuestiones de ciudadanía, heroísmo y autoridad. Eltit toma el ejemplo de un héroe mexicano de la revolución, una mujer vestida de hombre. Su identidad fue disfrazada para eludir el control del Estado y para jugar con los códigos que determinan el heroísmo a los ojos del público. Según Eltit, el travestismo es un ejemplo espectacular del cruce de las categorías de ciudadanía, de las maneras como el género y el heroísmo pueden estar interrelacionados al servicio de ideales patrióticos. Anticipándose al debate sobre el reciente retrato que hizo Juan Dávila de Simón Bolívar con ropas de mujer, que provocó la ira de varios funcionarios estatales latinoamericanos (tema tratado en el número 9 de la publicación de Richard), Diamela Eltit desentraña la carga masculinista implícita en las visiones heroicas y sospecha de todas aquellas tentativas que fijan la identidad bajo la ley del Estado. Final-

mente, Eltit propone los proyectos sociales de las culturas minoritarias como una manera de superar las formas estéticas comerciales promocionadas por el mercado global.

Dada la importancia que se le confiere a la hibridización, no sorprende que una alta proporción del material publicado en la REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL esté dedicado a temas de identidades nacionales y sexuales cambiantes en América Latina: el mestizaje, el travestismo, el reciclamiento de la vestimenta y la identidad, los simulacros que organizan la vida cultural moderna. Estos temas no se instalan sólo como tropos posmodernos, sino que, sobre todo, se usan para refutar la autoridad del discurso metropolitano. En los travestis de la identidad, sostienen las colaboradoras de la revista, se encuentra la posibilidad de quitar la máscara.

También se interesa Richard por los *efectos* de la máscara y la importancia de las identidades flexibles de género en la evolución de la cultura democrática. Richard ve

en las críticas de género del Estado un desafío a las prácticas hegemónicas y, simultáneamente, una manera de apoyar las tendencias aparentemente liberales del gobierno democrático. Esta doble posición permite a “lo femenino” desafiar un centro masculino de autoridad, pero sin pasar por alto que se necesita también del estado democrático para una participación popular. En este sentido, Richard busca modos de acomodar las prácticas feministas a las realidades de Chile después de la dictadura y de ubicar la práctica femenina en una posición que le permita lanzar una discusión de la identidad latinoamericana dentro de debates metropolitanos más amplios. Su objetivo, por lo tanto, es hallar un lugar adecuado para los gestos aparentemente revolucionarios que

---

la teoría feminista presagia y, asimismo, aprovechar la teoría metropolitana para sugerir objetivos feministas: *el feminismo latinoamericano debe también preocuparse de saber cuáles son las ranuras e intersticios de la teoría metropolitana que podrán ser aprovechados para torcer o desviar a su favor el paradigma del Otro*, propone en su libro **Masculino\Femenino** (1993 80). Esta cita puede servir como resumen de los programas de género de la REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL, una forma de “estirar la masa” de la teoría posmoderna para alimentar a todos los que participamos del banquete norte-sur. En este proceso, se abre un espacio para las mujeres latinoamericanas en los debates metropolitanos, en los que pueden renegociar sus posiciones como “otras”.

Así como la crítica cultural sostenida por Fletcher y Richard relaciona la política de la teoría internacional con la práctica democrática local, también produce nuevas subjetividades no catalogadas que se oponen a la victimización. En este sentido, los deseos contrautópicos encontrados en las páginas de la REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL y FEMINARIA logran romper cualquier ilusión de un discurso uniforme sobre las mujeres. Más aun, estas revistas insisten en el poder que tendría el feminismo latinoamericano para articular la crisis de representación de ambos paradigmas metropolitanos: el de la teoría posmoderna y el de los proyectos neoliberales diseñados para el período de redemocratización en América Latina.

#### **IV. Respuesta a “Occidente”. Sobre estética y representación**

FEMINARIA y REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL amplían las fuentes teóricas tomadas del norte, prestan particular atención a una estética de género y buscan aquellas especificidades del arte que resisten los efectos de la globalización. En la zona del placer estético, que ni los más rigurosos teóricos han podido codificar, el significado fluye sin interrupción y se supera el lenguaje de la represión. Es la estética, entonces, la que ofrece una posibilidad de revertir las demandas del mercado global y de reconsiderar cuestiones de representación, tanto en política como en arte.

La obra de arte adquiere una fuerza que puede ser comparada con una “potencialidad negativa”, un renunciamiento a la circulación

masiva para perseverar en la búsqueda de expresiones alternativas, de “lecturas” alternativas del encuentro Norte-Sur y del Estado neoliberal de mercado. Desde el campo artístico se puede compensar la segregación de la experiencia, el colapso de la coherencia y de la tradición. Podemos redescubrir los vínculos comunitarios en torno al arte; podemos buscar alianzas fuera del mercado. El arte también nos permite renegociar las relaciones Norte-sur, independientemente de niveles de ventas y ganancias. Como espero haber mostrado en la primera parte de este ensayo, las investigadoras norteamericanas, sin lugar a dudas, han percibido los poderes que tiene la ficción para generar nuevos modos de alianza; sin embargo, es en el campo literario latinoamericano donde podemos notar un empeño más sólido por desestabilizar las identidades fijas, estructuradas según el modelo anglo-americano.

En este sentido, no sorprende que gran parte de la literatura argentina y chilena dedicada a proyectos de género busque sus fuentes en los textos *precoces* de las tradiciones anglo-americanas, en parte como homenaje al modernismo, pero también como un modo de evitar las visiones anti-estéticas del flujo transnacional de hoy. Curiosamente, los defensores del plan neoliberal también proponen girar hacia atrás las agujas del reloj, buscando un momento más estable y convencional de “verdades” incuestionables. Pero la mirada estética hacia el pasado cumple otra función, que va más allá de la demanda neoliberal de una realidad absoluta y viaja por una ruta menos transita-

---

da -ciertamente- entre el norte y el sur. No se trata de un mero reciclaje de imágenes, sino de otra forma de ampliar el diálogo y comprometerse en la conversación sin abdicar de los principios de identidad a través del arte. En este movimiento se inscribe la novela **Kadish**, de la talentosa escritora argentina Graciela Safranchik. El título de esta novela nos trae a la memoria el poema de Allen Ginsberg, pero, de modo más significativo aun, puede ser leído como un tributo a Vita Sackville West por su novela **All Passion Spent**. De manera similar, la poetisa y editora argentina Mirta Rosenberg ha emprendido la traducción al español de los escritos de Mina Loy y H.D. Su sello editorial, **Bajo la luna nueva**, ya ha publicado una nouvelle de Joyce y traducciones de Katherine Mansfield. Estos son esfuerzos que intentan retrotraerse a una versión más temprana de los intercambios anglo-americanos, en los que la modernidad era menos invasora, menos ofensiva hacia los temperamentos estéticos.<sup>10</sup> Aquél era un momento en el que la vanguardia podía triunfar en ideas.<sup>11</sup> Esta actitud puede relacionarse también con las escritoras argentinas que vuel-

ven a pensar en los efectos del *museo*, en tanto institución metropolitana que reasigna significados a la cultura colonial y sofoca, al servicio del arte, las historias de los marginales. En este sentido, la poesía de Diana Bellessi, Alicia Genovese y María Negroni son ejemplares. Para nada comprometidas con el tropo de *ut pictura poesis*, que desde hace tiempo ha

atrapado la fantasía de algunos escritores, estas autoras contemporáneas evocan el museo para reflejar las diferentes percepciones de la cultura engendradas por las mentalidades metropolitanas.

En un estilo diferente, la novelista Luisa Valenzuela re-escribe la tradición *noire*, situando la acción narrativa de **Novela negra con argentinos** (1990) en Nueva York, donde rastrea las huellas de las aventuras de detectives y escritores. En la novela de Valenzuela, un personaje argentino invade la ciudad para perseguir una identidad autónoma, para construir una historia propia a pesar de las trabas que le impone la metrópolis. La escritora también rastrea -y éste no es un detalle accidental- los tópicos con los que cuenta el escritor de un país periférico, especialmente en un momento de crisis económica, -parafraseando a Raymond Chandler-, bajo “el olor del miedo”.<sup>12</sup> El relato de Valenzuela está lleno de figuras travestidas que, emergentes de los intercambios entre el norte y el sur, ponen a prueba las definiciones de otredad, alienación y exilio. Estas reelaboraciones de la tradición desde la perspectiva del sur neoliberal son también formas

---

<sup>10</sup> Aunque no esté dentro del marco de este ensayo, tendríamos que tener presente que muchos escritores latinoamericanos han tomado fuentes del modernismo anglo-americano en función de proyectos que no están necesariamente comprometidos con una estética de género. Ver por ejemplo la reciente novela de Ricar-

do Piglia, **La ciudad ausente** (1992), en la que el **Finnegan's Wake** de James Joyce constituye una fuente de imitación.

<sup>11</sup> Son especialmente lúcidas las observaciones de Beatriz Sarlo (1993) sobre la polémica en torno al rol del artista de vanguardia.

<sup>12</sup> Vale la pena explorar los paralelis-

mos entre el *roman noir* y los recientes intentos de novelistas latinoamericanos de escribir bajo la sombra del neoliberalismo. Le agradezco a Jayne Walker y David Reid la inspiración que me dio su ensayo, *Cornell Woolrich and the Abandoned City*, en **Shades of Noir**, ed. Joan Copec (London: Verso, 1993): 57-96.

de crear una narrativa diferente que se desvían de esa clase de ficción que representa a los latinoamericanos como rehenes cómplices del discurso metropolitano.

Para finalizar, quiero detenerme brevemente en una novela reciente de Diamela Eltit, en la que trata los poderes de “Occidente” desde el punto de vista de la periferia. Debo aclarar primero que no es el *argumento* de esta novela el que resiste el paradigma norteamericano, sino la importancia que confiere Eltit a la *estética*: el arte transforma nuestro modo de pensar el neoliberalismo y la presencia del norte en el sur.

**Los vigilantes** (1994) es una historia sobre una mujer y los distintos tipos de vigilancia a la que se ve sometida (la vigilan sus vecinos, sus parientes y, de manera más intensa, su hijo y un interlocutor innombrado, que presumiblemente es el padre de su hijo). La mujer es echada de su casa y pasa a vivir como una vagabunda en la calle. Se dan múltiples exclusiones en la novela: el hijo es expulsado de la escuela; la madre es sacada de su casa; los vecinos persiguen a cualquier individuo que se niegue a adaptarse a las leyes occidentales (“Las leyes de Occidente”). La familia, la escuela y el Estado rechazan así a los mismos individuos a quienes -se supone- deberían contener.

A diferencia de **Paula**, la memoria best-seller de Isabel Allende, que privilegia “los valores de la familia” y la santidad de los lazos madre-hija; **Los vigilantes** indaga el modo en que el arte literario resiste y, finalmente, es corroído

por el régimen neoliberal. La estética, en la novela, se encuentra en la esfera de dominio de la madre. Desechando tanto las estrategias de mercado como las modas de la marginalidad con las cuales la teoría feminista circula globalmente, Eltit testimonia la desintegración de los lazos familiares en la era neoliberal. No hay idealización alguna del parentesco, ningún privilegio especial atribuido a la condición de hijo, ningún elogio de la familia latinoamericana que satisfaga el apetito de los lectores extranjeros. Por el contrario, el hijo mismo aparece como una expresión de la otredad que constantemente amenaza el arte de la madre; el Estado, por su parte, contribuye con este acto de agresión.

Eltit observa que el Estado no puede articular los intereses de la sociedad civil pero, debido a la vigilancia permanente que ejerce, confunde la separación de las esferas pública y privada, y termina por censurar toda expresión. En el mismo sentido, la periodista argentina Mabel Bellucci se interesa por la contracción constante del espacio público: *Lo que se expresa en el hecho observable es que la privacidad del ámbito bogareño se ve invadida por la irrupción del afuera y lo que es peor, que el afuera se convierte en el mecanismo regulador a través del cual depende -casi exclusivamente- el funcionamiento familiar* (1992:85). Hasta cierto punto, **Los vigilantes** corrobora esta hipótesis. Sin embargo, Eltit muestra que no tiene cabida la nostalgia cuando se discuten los méritos de la familia, no hay ningún espacio idílico, ni público ni privado, que respete a

los adultos y a los niños. Se impone, en cambio, la ruina: la familia latinoamericana, en tanto mito, es destruida.

Eltit comienza por evacuar todos los marcadores simbólicos que son propios de las mujeres: la violencia del Estado altera las imágenes de la casa, la maternidad, la sacralidad de la escritura y la intimidad de la novela epistolar. Diamela se pregunta, a su vez, por la supervivencia del arte y las condiciones de creatividad en una era signada por la vigilancia. La novela plantea este problema mediante la dinámica entre la madre y el hijo. Resulta claro desde el comienzo de la novela que el hijo tiene un resentimiento hacia la relación de su madre con los textos: en tanto “la única que escribe”, ella debe ser controlada. En contraste con la figura de la madre (quien es puro discurso, de quien no hay descripciones físicas y quien, hasta el final de la novela, carece de nombre), el chico es toda corporalidad, pura necesidad física. En efecto, el niño rechaza tajantemente las abstracciones del sistema de escritura que

---

lo reducirían a una figura de imprenta (*Existo sólo en un conjunto de papeles*, 16). Manifiesta su resistencia a la escritura mediante su oralidad; de ahí la expresión tosca y simplificada que contrasta con las meditaciones epistolares expansivas de su madre: *BAAAM, BAAAM, me río* -grita todo el tiempo. El libro también habrá de concluir con un *BAAM* similar, cuando el hijo, el gran controlador de eventos en la novela, sea el último en reirse y clausure los sistemas de escritura. Las palabras son pura materialidad en el mundo del niño: impiden la disolución del yo, pero posibilitan la destrucción de los otros. Las palabras también devoran toda diferencia y aniquilan la privacidad de los actos creativos. En este sentido, no sorprende que el único talento del chico sea su inclinación por los números. La madre escribe: *Intuyo al interior de su cerebro un proceso altamente numérico que altera mi moderación. Un proceso que le extravía el pensamiento y que desencadena sus irritantes carcajadas* (36). El niño se dedica a la acumulación, a través de la cual se

enlaza con *actos de valor universal* (36). Se opone a su madre, quien está aislada en su preocupación por el arte. Los números, la corporalidad, la supremacía de lo oral sobre la escritura: la presencia del niño domina el discurso y la visión de la madre. Aun la naturaleza ayuda a suprimir su deseo de arte y comunidad. El frío cae sobre el vagabundo hasta ocasionar su muerte; destruye la cultura tal como se la había conocido, obligando a los individuos a evacuar las calles y los lugares públicos. Las aguas contaminadas auguran la muerte de los habitantes; la naturaleza está contaminada y, sin embargo, nadie detiene su curso. Estos factores favorecen una preferencia por el viaje nómada en lugar de la alianza social, atentan contra cualquier tipo de arraigo, contra la comunidad y el arte. Producen, en última instancia, una situación de vigilancia, en la que reglas no dichas e invisibles sobredeterminan la producción de diferencia. La población global se divide en la novela en los opuestos irracionales “Norte\Sur”, “Este\Oeste”, “visible\invisible”, todos

determinados arbitrariamente por el hambre monstruoso del cuerpo, desprovisto de pasión y espíritu (112).

Al final de la novela, la madre participa en un juego de su hijo que consiste en ordenar tazas y recipientes vacíos. Con ellos va trazando una nueva frontera de defensas que separa a amigos de enemigos. *Jamás podrán derribar la simetría en la que conseguimos concentrar nuestras defensas* -explica la madre mientras convierte ese juego sin objetivo alguno en un proyecto estético que desafía la artificial simetría del mercado Norte\Sur (116). Se evoca ahora el arte para definir los términos de una alianza diferente. No obstante, en las últimas páginas del texto, la artista también es destruida: expulsada de su casa, la madre se vuelve pura corporalidad (muerte, río y copia la lengua primitiva del niño), a la vez que el chico deambula por las calles congeladas. Habiendo perdido toda preocupación por la racionalidad, se rinden a las fuerzas de la naturaleza, aullando bajo la luna.

Como si respondiera a Fredric Jameson, quien sostenía -en un ensayo muy polémico- la importancia de la escritura alegórica para los intelectuales del tercer mundo, Diamela Eltit juega con los extremos de este modo literario: por un lado, la novela representa la invasión del paradigma neoliberal tal como lo postula “Occidente”; por el otro, sin embargo, ese modelo literario se derrumba, dejando sujetos no analizables que van errando por sobre los bordes de las formas narrativas conocidas. Sólo queda el sentido de lo *estético* para socavar la teoría metropolitana.

## V. Conclusión

Gracias a la habilidad de mujeres latinoamericanas como Diamela Eltit, el tráfico de la cultura de mercancías, por un momento, se paraliza. La estética de género, el minucioso trabajo con el lenguaje y la exaltación de la cultura letrada se oponen a la sociedad de masas y al Estado de mercado. Sin embargo, las autoras como Eltit no defienden la autonomía del texto literario, como sí era común en el alto modernismo; más bien, privilegian el espacio local, una voz forjada en las tradiciones de género, siempre dispuesta a desviarse del mercado norte\sur y a reconstruir un campo genuino de debate. Así, bajo la égida del neoliberalismo, en el que se intenta aniquilar la ambigüedad y fijar todas las categorías de significación en una bandeja de opciones fáciles, lo estético lucha por construir un espacio de deslizamientos y de significaciones inciertas, intenta abrir una zona de experimen-

tación que no pueda ser fácilmente administrada por el mercado. Lo estético, en un análisis ulterior, pone de manifiesto cuestiones de *valor*, que son generalmente omitidas en el proyecto neoliberal Norte\sur. Como en el ejemplo del collage fotográfico de Liliana Porter, mencionado al comienzo de este ensayo, el discurso femenino entra en juego no sólo para redistribuir los elementos de la sintaxis norte\sur sino, además, para burlarse de nuestras preferencias por la cultura de masas y erosionar el discurso de la nostalgia. En vez de ofrecer respuestas absolutas, en el estilo monumentalista del neoliberalismo, las escritoras latinoamericanas de fines del siglo veinte vuelven a la ambigüedad y al debate; ofrecen un ámbito para el diálogo, se movilizan contra el aislamiento. Ellas se niegan a ocupar un solo punto sobre el mapa hemisférico y proponen, en cambio, una larga conversación que sobrepasa la línea divisoria entre norte y sur.

## Bibliografía

- ALARCON, Norma. 1990. "The Theoretical Subject(s) of This Bridge Called y Back and Anglo-American Feminism." **Making Face, Making Soul: Haciendo Caras**. Ed. Gloria Anzaldúa: Aunt Lute. 356-369.
- BEHAR, Ruth. 1993. **Translated Women**. Boston: Beacon Press.
- BELLESSI, Diana. 1990. *Contra una retórica feminista*. FEMINARIA. No. 6 (Noviembre). 10-11.
- BELLUCCI, Mabel. 1992. *El feminismo en estos tiempos neoliberales*. FEMINARIA. No. 8 (Abril). 3-5.
- BEVERLEY, John. 1993. **Against Literature**. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- CALVERA, Leonor. 1992. *La cosmovisión feminista*. FEMINARIA. No. 8 (Abril). 6-8.
- CAMPRA, Rosalba. 1987. **América Latina: la identidad y la máscara**. México: Siglo XXI.

- CASTAÑEDA, Jorge. 1993. **Utopia Disarmed. The Latin American Left after the Cold War.** New York: Alfred Knopf.
- CASTILLO, Debra. 1992. **Talking Back: Toward a Latin American Feminist Literary Criticism.** Ithaca: Cornell University Press.
- CORNEJO-POLAR, Antonio. 1994. **Escribir en el aire: Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas.** Lima: Editorial Horizonte.
- DELILLO, Don. 1986. **White Noise.** New York: Penguin.
- ELTIT, Diamela. 1991. *Las batallas del coronel Robles.* REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL. No. 4. 19-21.
- ELTIT, Diamela. 1994. **Los vigilantes.** Santiago de Chile: Sudamericana.
- FERMAN, Claudia. 1993. **Política y posmodernidad: Hacia una lectura de la antimodernidad en Latinoamérica.** Miami: Iberian Studies Institute.
- FLETCHER, Lea. 1988. *El sexismo lingüístico y su uso acerca de la mujer.* FEMINARIA. No. 1 (Junio). 29-32.
- FRANCO, Jean. 1988. *Beyond Ethnocentrism: Gender, Power, and the Third World Intelligentsia. Marxism and the Interpretation of Culture.* Eds. Cary Nelson and Lawrence Grossberg. Urbana: University of Illinois Press. 503-515.
- KAMINSKY, Amy. 1993. **Reading the Body Politics: Feminist Criticism and Latin American Women Writers.** Minneapolis: University of Minnesota Press.
- KIRPATRICK, Gwen. 1995. *El feminismo en tiempos de cólera.* REVISTA DE CRÍTICA LITERARIA LATINOAMERICANA. 21, No. 42: 45-55.
- MAFFIA, Diana. 1994. *Lógica, sexualidad y política.* FEMINARIA. No. 12 (Mayo): 10-11.
- MAGLIE, Graciela. 1990. *Bajo sospecha.* FEMINARIA. No. 5 (Abril): 29-31.
- MERCADO, Tununa. 1989. *Atravesar el espejo.* FEMINARIA. No. 3 (Abril): 21-22.
- MOHANTY, S. P. 1989. *Us and Them: On the Philosophical Bases of Political Criticism.* YALE JOURNAL OF CRITICISM. 2, No. 21-31.
- MONZON, Isabel. 1992. *Psicoanálisis y mujer.* FEMINARIA. No. 8 (Abril). 19-23.
- MOREIRAS, Alberto. 1993. *Postdictadura y reforma del pensamiento.* REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL. No. 7: 26-35.
- NEGRONI, María. **Ciudad gótica.** Rosario-Buenos Aires: Bajo la luna nueva.
- PERLONGHER, Néstor. 1991. *Los devenires minoritarios.* REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL. No. 4: 13-18.
- PIGLIA, Ricardo. 1992. **La ciudad ausente.** Buenos Aires: Sudamericana.
- PIGLIA, Ricardo. 1994. *Sarmiento the Writer. Sarmiento, Author of a Nation.* Eds. Tulio Halperín Donghi, I. Jaksic, G. Kirkpatrick, F. Masiello. Berkeley: University of California Press: 127-144.
- PORTER, Carolyn. 1994. *What we Know that We Don't Know: Remapping American Literary Studies.* AMERICAN LITERARY HISTORY. 6, No. 3: 467-526.
- RICHARD, Nelly. 1991. *Latinoamérica y la post-modernidad.* REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL. No. 3: 15-19.
- RICHARD, Nelly. 1993. **Masculino\Femenino.** Santiago de Chile: Francisco Zegers.
- SAFRANCHICK, Graciela. 1993. **Kadish.** Rosario-Buenos Aires: Bajo la luna nueva.
- SARLO, Beatriz. 1993. *¿Arcaicos o marginales? Situación de los intelectuales en el fin de siglo.* PUNTO DE VISTA. 16, No. 47: 1-5.
- SHEPER-HUGHES, Nancy. 1992. **Death Without Weeping.** Berkeley: University of California Press.
- STEPHEN, Lynn. Ed. 1994. **María Teresa Tula: Hear My Testimony.** Boston: South End Press.
- THENON, Susana. 1987. **Ova completa.** Buenos Aires: Sudamericana.
- VALENZUELA, Luisa. 1990. **Novela negra con argentinos.** Hanover: Ediciones del Norte.
- WALKER, Jayne and David Reid. 1993. *Cornell Woolrich and the Abandoned City. Shades of Noir.* Ed. Joan Copec. London: Verso.
- YUDICE, George. 1994. *Estudios culturales y sociedad civil.* REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL. No. 8. 44-53.